

# PiNOCHO

AÑO VI  
NUM. 283

25 cts

20 JULIO  
1930



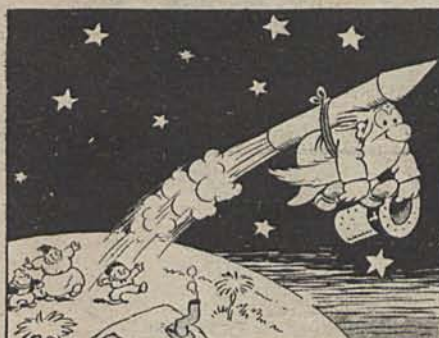
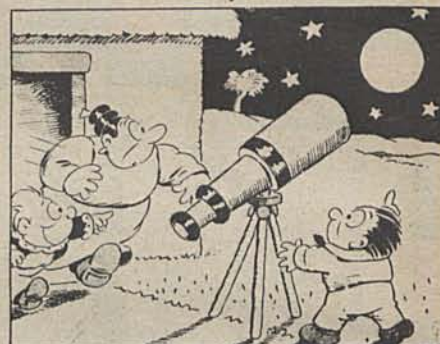
- ¡MIRA UN BILLETE DE BANCO DE LOS QUE HAY POCOS!  
- ¿PUES QUÉ TIENE?  
- ¡QUÉ ES MIO!



# Piñochito

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

El coronel miró con espanto al *indian-agent* y luego dijo:

—No lo sé;

dejé la tribu tres meses después de mi matrimonio.

John Maxim añadió, después de atizar el fuego y volver a cargar la pipa:

—Aquí hay un misterio que debemos aclarar, señor Devandel. Casi, casi me arrepiento ya de haber fusilado a ese joven indio, que al fin hubiera acabado por declarar algo. ¡Es verdad que nos queda la muchacha!

—¿Qué quieres hacer, John? — exclamó el coronel con tono de reconvención—. Es verdad que los *pieles rojas* atormentan ferozmente a los niños blancos que caen en su poder; pero nosotros no somos salvajes.

—Yo creo, señor coronel, que esta india sabe muchas cosas. ¡Oh; declarará!

Iba ya a acercarse a Minnehaha, que parecía dormir profundamente, aunque sus ojos se movían de rato en rato, cuando se oyeron fuera dos disparos de fusil, seguidos de gritos de:

—¡A las armas...! ¡Los indios...!

—¡Condenada noche! —gritó el *indian-agent* cogiendo su rifle, lo mismo que el coronel—. ¿Qué va a suceder aquí? ¿Va a aclararse quizás el misterio del caballo blanco? ¡Señor Devandel, corramos!

Se oían las voces de los voluntarios de la frontera, que iban de acá para allá; pero ningún disparo había seguido a los primeros, ni había vuelto a sonar el grito de alarma.

En un instante, el coronel y el guía se precipitaron fuera de la tienda y se lanzaron hacia la

garganta del *Funeral*, donde se veían agitarse muchas sombras humanas.

—¡A su puesto cada uno! —gritó Devandel.

—Coronel—dijo un sargento—, parece que se trata de una falsa alarma, porque nadie ha oído el grito de guerra de los *sioux*.

—¿Quién vigila en la garganta?—preguntó el *Indian-agent*.

—Harris y Jorge.

—¿Los dos cazadores? ¡Son demasiado inteligentes para engañarse! —dijo el coronel apretando el paso.

Atravesaron velozmente la explanada y fueron en busca de los dos centinelas avanzados, mientras los otros se dispersaban en varias direcciones para evitar cualquier sorpresa.

—¿Qué ocurre, Harris?—preguntó el coronel, armando el rifle.

—¡Ah, señor coronel; esta noche suceden aquí cosas muy extrañas! Los *sioux* no deben de estar lejos, porque un nuevo indio ha venido a caer junto al caballo blanco.

—¿Otro indio?

—Sí, coronel—respondió Jorge—; el hermano del corredor.

—¿Le habéis matado?

—¡No se pasa bajo nuestros rifles sin caer! —dijo Harris—. ¡Sería demasiado triste que un cazador errase el tiro! ¡Jorge!

—¡Hermano!

—¿Y el *Pájaro de la noche*?

—No le veo.

—Se lo han llevado delante de nuestras narices sin que lo notemos.

—¡Imposible! —exclamó el coronel, impresionado.

—¡Mirad, señor Devandel! —dijo Harris—. ¡El fusilado no se encuentra en la roca donde le dejamos!



—¡Maldita noche!—gritó el *indian-agent*—  
¿Dónde está el indio a quien habéis matado?

—Ahí, al lado del caballo blanco.

El coronel gritó:

—¡Alerta, que los *sioux* están cerca!

Después tomó la linterna que tenía en la mano el guía, y se inclinó sobre el caballo.

Un indio completamente desnudo, de mediana edad y con el cuerpo untado de aceite de semilla de girasoles y grasa de oso, para escurrirse entre los adversarios, yacía junto al animal, teniendo una mano escondida bajo la gualdrapa de paño azul que servía de silla.

Antes que el coronel pronunciara una palabra, el *indian-agent* se lanzó sobre el cadáver y agarró aquella mano.

—¡Ah!—exclamó súbitamente—¡He aquí lo que esa víbora trataba de hacer desaparecer, y que nosotros no habíamos pensado en buscar! ¡Aquí encontraremos la clave del secreto!

Abrió la mano derecha del muerto, y sacó una carta de entre sus dedos crispados.

Apenas había lanzado un grito de triunfo, cuando en el fondo de la garganta del *Funeral*, oscurecido por la niebla, se oyeron agudos y estridentes silbidos.

—¡Los *ikkiskotas*!—exclamaron, aterrorizados, los voluntarios de la frontera.

Aquel silbido, que se oía con cortos intervalos en el silencio de la noche y que era emitido con el pito de guerra de los indios, hecho de una tibia humana, produjo en todos extraordinaria sensación.

¿Se hallaban, pues, cerca los *sioux*, aquellos terribles guerreros, que valían solos más que las tribus reunidas de los *chayennes* y de los *arrapahoes*?

El coronel se hacía esta pregunta, tratando de atravesar la niebla con sus miradas. Luego dijo:

—¡Manteneos en vuestros sitios, que la posición es buena y podremos hacer gran estrago en el enemigo! ¡Sólo tardo cinco minutos, y volveré para vencer o morir! ¡John, ven a la tienda!

—¡En seguida, mi coronel!

—¿Traes la carta?

—Sí.

—¡Pues vamos a ver lo que contiene!

### CAPÍTULO III

#### El ataque de los «sioux»

En tanto que los valerosos voluntarios, repuestos de la primera emoción, ocupaban la desembocadura de la garganta, defendida por enormes rocas, el coronel y el *indian-agent* corrieron a la tienda. Ambos eran presa de vivísima ansiedad.

Cuando entraron, la pequeña india dormía o fingía dormir.

—¡Dame la carta, John!—dijo el coronel, atacado de un temblor convulsivo, como si temiera una inminente desgracia.

—Aquí está, señor Devandel—respondió el gigante—. No sé por qué, creo que ha de contener noticias muy graves.

El coronel cogió la carta, que estaba manchada de grasa, y la leyó ávidamente.

Un grito terrible se escapó de su pecho. Y fué tal su emoción, que se vió obligado, él, el hombre de guerra habituado a todos los peligros, a apoyarse en un palo de la tienda.

—¡Señor Devandel!—exclamó el guía, espantado—. ¿Qué os pasa?

—¡Te lo había dicho!—dijo el coronel, lanzando un sollozo—. ¡Mis hijos...! ¡Mis hijos...!

—¿Asesinados?—preguntó el gigante, poniéndose pálido.

—¡Todavía no; pero esta carta daba la orden a *Mano Izquierda*, el gran jefe de los *arrapahoes*, y a *Cadera Negra*, el otro *sakem*, de destruir mi hacienda y asesinar a mis hijos antes de unirse a los *chayennes*!

—¿Y quién la firma?

—¡Jalta! ¡Ah! ¡Pobres hijos míos!

El *indian-agent* se asomó a la tienda para ver si se oía todavía el *ikkiskota*, y convencido del

(Continuará en el próximo número).



# ANITA

## BUEN-CORAZON



¡PELUCHO; MIRA QUÉ COLLARTAN BONITO TE HE COMPRADO AYER!



¡VAS A ESTAR, ELEGANTISIMO CO EL, TE VAN A TENER ENVIDIA LOS DEMAS PERROS!



¡AHORA CAIGO EN QUE DEBÍ COMPRAR OTRO COLLAR PARA ELO SITO PUES PARECE QUE LE DA ENVIDIA!



¡YI!



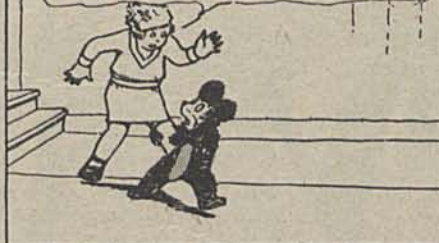
¡ULP!



¿POR QUÉ VENDRÁ EL OSITO SOLO Y CORRIENDO TAN DESATENTADAMENTE?



¿A DONDE ME LLEVAS? ¿ES QUE LE HA SUCEDIDO ALGO A PELUCHO? ¡SUELTA; VAMOS CORRIENDO!



¡ESTÁ AHORCADO!



¡PELUCHO! POBRE PELUCHO MIO! ¡YO SOLA HE TENIDO LA CULPA POR PONERTE ESE COLLAR!

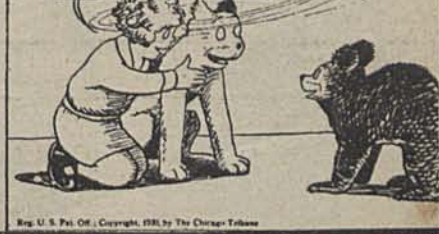


¡QUÉ ALEGRÍA! ¡YA REVIVE! ¡SE HA SALVADO!

¡YIP!



¡PELUCHO; AL OSITO LE DEBES LA VIDA, PUES SINO HUBIERA VENIDO A AVISARME TE HUBIERAS MUERTO YA!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1931, by The Chicago Tribune



# En el país de los diamantes

(Continuación)

Aquella noche tuvimos que reposar en una cabaña. Al día siguiente el jefe vino a buscarnos y nos dijo: —Me han dicho que los hombres blancos saben buscar los diamantes mucho mejor que nosotros, así es que he pensado que vayáis a trabajar a nuestras minas.

A pesar de nuestras protestas fuimos llevados a una montaña cuyo suelo veíase perforado de mil modos y maneras.

Multitud de salvajes, probablemente pobres esclavos o prisioneros de guerra, trabajaban con afán excavando pozos o galerías para buscar los preciosos diamantes.

Rompían las rocas a golpes de piqueta, sacaban la tierra y se introducían en las hendeduras donde tamizaban y examinaban las arenas y cascotes bajo la vigilancia de hombres armados de látigos hechos con piel de rinoceronte.

De vez en cuando se oía algún grito de dolor y se veía que algún esclavo caía con las espaldas rociadas de sangre. Los feroces guardianes no se detenían por golpe más o menos, os lo aseguro.

La isla de Borneo es rica en diamantes, tanto como India, Brasil y el Cabo de Buena Esperanza y sus minas son consideradas como las mejores. Allí han sido hallados los diamantes más grandes y espléndidos, entre ellos el del Sultán de Brumi que tiene el tamaño de un huevo de gallina. Las piedras preciosas se encuentran en abundancia en los terrenos áridos, pero no son tan bellas como las que véis en las vitrinas de los

joyeros ni tan perfectas y regulares. Para hacerlas tan brillantes es preciso labrarlas por hábiles artífices y para ello hay que sacrificar una gran parte de su magnitud.

Ya sabéis que en mi país se hallan los más hábiles y audaces trabajadores de diamantes.

La mina aquella del jefe salvaje era de una riqueza inverosímil. Casi puede decirse que a cada azadonazo se recogía un diamante pequeño y con relativa frecuencia uno de gran tamaño.

Los vigilantes, que como en todas las minas diamanteras no perdían de vista a los trabajadores,

cuando veían que alguno se llevaba la mano a la boca caían inmediatamente sobre él y le abrían a la fuerza las mandíbulas registrándole la garganta y la lengua. Estas precauciones resultaban necesarias porque los trabajadores a menudo se tragaban las piedras para recogerlas más tarde cuando hubiesen hecho la digestión.

Nosotros, bajo la amenaza de ser apaleados trabajamos también con ardor y nos resignamos a nuestra triste desgracia.

Pero la idea de recuperar la libertad me torturaba incesantemente. Ya estaba harto del país de los diamantes y también de los trabajos excesivos que aquel brutal salvaje nos imponía.

Habían transcurrido ya siete semanas cuando una tarde vi entrar en la cabaña que ocupábamos una joven salvaje de extraordinaria belleza. No tenía más que unos quince años y parecía de alta condición.

Tenía los brazos y los tobillos cubiertos de anillos de oro y vestía una







camisa de seda blanca. Asombrado por aquella visita inesperada le pregunté a la joven qué deseaba.

—He venido para salvarte—me dijo.

—¿Quién eres?—le pregunté.

—Soy la nieta más joven del jefe. Te he visto trabajando, he adivinado cuánto sufres y he decidido librarte de la esclavitud.

—Te va a matar tu tío—le dije.

—No, porque yo me escaparé contigo—contestó—¿Quieres la libertad?

Antes de contestar dudé, temiendo que ella me tendiese algún lazo, y en caso contrario por temor a comprometerla. Si el jefe nos sorprendía antes de que llegáramos al río nos mataría con toda seguridad.

—¡Habla!—me dijo la muchacha—Yo amo a los hombres blancos y ya te he dicho que te quiero salvar a ti y a tus compañeros.

—Permíteme que lo consulte antes con mis compañeros—le contesté.

—Mañana por la tarde vendré otra vez aquí.

Dicho esto, la joven desapareció sin hacer el menor ruido.

Desperté a mis compañeros y les informé de cuanto había sucedido. La respuesta fué unánime.

—Mejor es arriesgar la vida en busca de la libertad que permanecer trabajando en aquellas minas.

Así pues, decidimos aceptar la proposición de la joven, y probar suerte. Confieso que yo dudaba mucho del buen resultado del proyecto. El jefe era un hombre muy suspicaz que nos hacía vigilar rigurosamente y podía haberse apercebido de las buenas intenciones de la joven.

No quise tampoco contrariar a mis compañeros de desventura y el mismo día hice mi plan para conducir lo más rápidamente posible a mi expedición hasta la orilla del río.

Había tenido sumo cuidado de conservar una brújula diminuta y con ella anoté la dirección que trajimos durante nuestra marcha al través del bosque.

Al terminar las rudas tareas de la jornada fuimos llevados a la cabaña en que vivíamos y allí se nos sirvió la cena de siempre, un poco de pan de *sagú* y pez salado.

Apenas terminamos de comer nos disponíamos ya a arreglar las hojas que nos servían de lecho, encontramos ocultos entre ellas varios fusiles y *bolos*. Como podréis figuraros nuestra alegría fué inmensa. La joven salvaje no había faltado a su palabra.

(Continuará.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



QUE USTEDES DESCANSEN. BUENAS NOCHES. ADIÓS. HASTA MAÑANA SI DIOS QUIERE. QUE USTEDES LO PASEN BIEN.







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## EL CABALLERO DEL CISNE



STABA Paquito con sus papás en el Teatro Real viendo la representación de una ópera, y como los artistas cantaban en italiano, el niño se aburría extraordinariamente de no comprender ni una palabra. Acabó la representación, y, al volver a casa, le dijo su papá:

—¿Te ha gustado la representación?

—No, señor, porque no he comprendido nada de los gritos y cantos de la función. Vi que salían hombres y mujeres, y que había estocadas y mandobles, pero ni sé a qué venían ni en qué paraban.

—Pues, oye—dijo don Juan a su hijo—y te enterarás del argumento de la ópera que acabas de oír:

«Una vez había una Princesa llamada Elsa, la cual había sido desposeída de sus estados por cierto Príncipe usurpador y primo suyo, nombrado Rodolfo, que, sin reparar en nada, dijo delante del Emperador que Elsa era incapaz para regir sus territorios. Y como lo que decía estaba dispuesto a probarlo con las armas, no era cosa de que cualquiera se metiese a renditor; porque el tal Príncipe tenía unos terribles bigotazos y una fieza capaz de poner miedo en cualquier pecho no muy esforzado. Se contaba de él que sujetando a un caballo en cierta ocasión, le arrancó una pata; en fin, que era hombre de fuerzas hercúleas, por lo cual nadie quería exponerse a incurrir en su desagrado.

»Elsa, la pobre, muy afligida de cuanto le pasaba, apeló en vano a los caballeros de la corte para que la defendieran de su primo Rodolfo. Todos dijeron que nones, haciéndose los disimulados para ocultar el miedo que tenían a aquel gigantón. Entonces la Princesa pidió protección a Dios, que nunca la niega, y al momento ella y sus cortesanos vieron venir por el río un cisne que tiraba de una barca en la cual iba un caballero armado de punta en blanco. La sorpresa fué tremenda, porque no se ven todos los días cisnes de aquella catadura, y toda la corte, que estaba agrupada a la orilla del río, aguardó a que el caballero de la barca arribase y dijera a qué venía,

Desembarcó el desconocido, y en cuanto pisó tierra se volvió al cisne y le dió las gracias por haberle conducido hasta aquel lugar.

»Después dijo que venía a defender a la Princesa contra el malandrín de su primo, y que, si el tal primo tenía valor de combatir con él, le daría algo que contar durante una temporada. Esto es, que pensaba rebanarlo como a una zanahoria.

»El gigantón cobró algún miedo al ver al Caballero del Cisne tan puesto en sus puntos y tan bravo; más, porque no se dijera que se amilanaba, salió espada en mano, a ver si aquellas bravatas eran de boquilla y todo quedaba en conversación.

»Tardó un rato en desenvainar la espada, diciendo a cada momento que iba a atravesar al Caballero del Cisne como si fuera de manteca.

»—Vuélvete a tu barco—le decía—, y no te vengas con bromitas, porque a mí se me figura que la espada que traes es como la de Bernardo, que ni corta ni pincha.

»—Mira tú si corta—exclamó el caballero—, que parte un pelo en el aire; pero, además, está encantada, y, como te coja de lleno, te reviento. Conque menos conversación y más pelea.

»Al oír el Príncipe usurpador que la espada de su contrario cortaba más que una navaja barbera, se le puso la carne de gallina, diciendo para sus adentros:

»—Me parece que me voy a encontrar con la horma de mi zapato.

»Sin embargo, empuñó un largo espadón y se dispuso a combatir como mejor pudiera, con la esperanza de rebanar de un tajo a su adversario.

»Pero no fué así; porque a las primeras de cambio, y en cuanto cruzaron las espadas, el Caballero del Cisne aplicó al buen Rodolfo un cintarazo que le hizo ver las estrellas; y como la espada del caballero estaba encantada, y además el brazo con que la esgrimía era muy fuerte, el buen Príncipe rodó por el suelo sin que le valiera de nada su fortaleza.

»Elsa fué proclamada Princesa de Brabante, y los caballeros de la corte felicitaron al vencedor, del cual decían que







tenía la mano un poco dura. Además, fué cosa resuelta que el valiente caballero se casara con la Princesa. Y aquí viene la dificultad. ¿Cómo se iba a casar Elsa con un caballero desconocido que se negaba a dar su nombre? Y a todo cuanto acerca de su origen se preguntaba al caballero, éste respondía que no se metieran en saber su nombre, porque había hecho promesa formal, es decir, poniéndose serio, de no revelarlo sino para marcharse.

»—Si Elsa quiere ser mi esposa sin saber cómo me llamo, bien; si no, me voy con viento fresco. Para tranquilidad de ustedes, básteles saber que soy un caballero muy decente. No debo nada a nadie, y me juego la vida a cara o cruz con el que salga.

»Y, en efecto, a poco se celebraron las bodas de Elsa y el desconocido, sin duda por un nuevo sistema. El caballero dijo a Elsa muy en serio:

»—Que no se te ocurra nunca preguntarme quién soy, porque te dejaré abandonada al aire libre en cuanto me moleste.

»Elsa se resignó, ¡qué había de hacer la pobre!, y ofreció no preocuparse de un detalle tan insignificante para una esposa como el de ignorar el nombre de su marido. Y ahora viene lo trágico. Aquel Príncipe Rodolfo, que había sido tan malamente herido por el Caballero del Cisne, tenía una esposa y no sé cuántos hijos, y a la pobre le estaban doliendo los estacazos que su marido recibiera. Así fué que proyectó tomar de ellos una cumplida venganza. ¿Y va y qué hace? Pues en cuanto tiene un momento de lugar, se va a casa de Elsa, con el fin de hacer que riña con el Caballero del Cisne. Para eso le dice:

»—Ten cuidado, hija mía, que, según me aseguran perso-

nas que están muy bien enteradas, tu marido es un hombre sin familia ni hogar que en Madrid dormía en los bancos del Prado por no tener dónde recogerse, y aun hay quien asegura que en sus ratos de ocio se entretenía en coger puntas de cigarros para hacer colección.

»Tan escamada se puso Elsa con tales advertencias, que aquella

misma noche dijo a su esposo:

»—¡Vaya, esto no puede seguir así! Ahora mismo vas a decirme quién eres, o me enfado.

»Pero el que se enfadó fué el valiente caballero, el cual le dijo:

»—Por la boca muere el pez, y por tu boca vas a perder la dicha. Voy a decirte quién soy, pero ten en cuenta que me largo inmediatamente como dos y dos son cuatro, porque yo debo estar encantado, y mi encanto me impide decir mi nombre sin tocar soleta. Pues verás: me llamo *Lohengrin*, y soy de una tierra desconocida. Un día, cierta voz misteriosa me hizo coger las armas y embarcarme en una lancha pescadora para venir a defenderte. Este cisne, que es mi hermano por parte de padre, me sirvió de remolcador... y ahí tienes todo lo que sé de mi propia historia.

»Entonces apareció de nuevo el cisne con el barquito, Elsa se desmayó y se arrepintió de su curiosidad; pero *Lohengrin* desapareció entre la niebla del río, abrigándose con su capa por temor a un reuma o a un catarro gripal.

El público le ve alejarse con sorpresa, haciendo comentarios acerca de cómo mueve el cisne la colita, y con esto queda terminada la obra.»

\*\*\*

Ese es el asunto de la ópera de Wagner, llamada *Lohengrin*, que algunos de vosotros habréis oído; pero lo que de fijo no sabéis es de dónde tomó el gran músico alemán Wagner el argumento; pues sencillamente de un libro español escrito en 1280 por el rey Alfonso X, el *Sabio*, en donde se cuenta la historia del Caballero del Cisne.







# ¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, curioso Chonón?

—Quisiera que me hablases algo de la isla de Santa Elena. Esa isla de tanta celebridad por haber sufrido en ella su destierro el emperador Napoleón I, tan célebre también en la Historia.

—No solo sufrió allí su destierro sino que halló la muerte, y en su suelo estuvo enterrado por espacio de veintinueve años.

—Háblame de esta isla, mi buen amigo buho, que mi curiosidad está pendiente de tus palabras.

—De todas las islas diseminadas por la inmensidad del océano quizás ninguna esté tan perdida, tan sola, tan lejos del mundo, como la de Santa Elena. Ningún lugar de destierro puede brindar una soledad tan aterrante como esta isla. Es un punto imperceptible en el inacabable desierto del Atlántico. Lejos de toda ruta comercial, separada del camino que siguen los navegantes, no llega ni se divisa siquiera desde ella ningún buque que expresamente no vaya a fondear sus anclas en el pequeño puerto de Jamestown, única villa que se asienta en aquel minúsculo oasis del mar.

—¿Está muy lejos de los continentes?

—Distante mil ochocientos kilómetros de África y tres mil de las tierras americanas del Brasil. Hasta su aspecto parece hecho para darle más sensación de soledad. Como murallas inexpugnables la cercan gigantescas rocas escarpadas, formando acantilados cortados a pico, de tal altura, que en algunos sitios llegan a sobrepasar los cuatrocientos metros. La profundidad de las aguas que la rodean es enorme, alcanzando la escalofriante cifra de cuatro mil metros. Es, pues, esta isla, la cúspide de una gran montaña sepultada cuatro kilómetros bajo el nivel de las aguas.

—¡Qué curioso sería conocer los animales que viven en las profundidades de aquellas costas!

—Animales de la fauna abisal o de los abismos, de los que hablaremos en una de nuestras charlas.

—También será curiosa la vegetación de aquellos fondos.

—En profundidades tan grandes no puede haber vegetales, querido Chonón. Las plantas necesitan luz para vivir y a aquellas regiones submarinas no llega el más leve resplandor solar. Todo allí vive en la noche eterna de los abismos.

—Sigue con la descripción de la isla y otro día ya charlaremos del fondo del Océano.

—El macizo que forma la isla es relativamente muy pequeño, pues solo mide cuarenta kilómetros de circunferencia, por quince de largo y nueve de ancho. Puede considerarse dividida en dos partes que se hallan separadas por montañas cortadas por valles profundos en los que se hallan muchos cráteres de volcanes ya extinguidos, lo que justifica la existencia de la isla.

—¿Crees tú entonces que es de origen volcánico?

—Indudablemente. En el Océano existen muchos islotes, islas y archipiélagos que han nacido a raíz de imponentes erupciones de volcanes submarinos. Santa Elena surgió sin duda de esta forma. El pico más elevado de sus montañas es el de Diana, a ochocientos veintitres metros de altura.

—¡Qué desolación la del panorama que desde allí se contemplará!

—Cielo, agua y un minúsculo pedazo de tierra bajo los pies. En la parte occidental de la isla, la que está más al abrigo de los impetuosos vientos, se halla la llanura llamada de Longwood, donde vivió su destierro y acabó sus días Napoleón I.

El suelo de la isla es bastante fértil, pero apenas está explotado por falta de brazos que cuiden de los trabajos agrícolas.

—¡Cualquiera se marcha a trabajar a aquellas soledades! Yo al menos no me iría ni aunque se cosecharan melones de oro macizo.

—¡Tanto como eso, Chononcito...! Si la isla atesorase en su suelo alguna mina de oro te aseguro que sobrarían habitantes en ella. Antes de la colonización europea los bosques de Santa Elena eran muy densos, pero el aprovechamiento industrial de sus ricas maderas ha hecho desaparecer hasta las raíces. Hay que tener en cuenta que el clima de la isla es casi igual que el de la región meridional de Europa.

Actualmente se halla la isla en completa decadencia pues desde la apertura del Canal de Suez recibió un golpe mortal en su expansión económica.

—¿Qué relación puede tener el Canal de Suez con una isla tan extraordinariamente lejana?

—Cuando el Canal no estaba abierto, los navíos que se dirigían del Nuevo al Viejo Continente, tenían que salvar el obstáculo del África doblando el Cabo de Buena Esperanza y encontraban en Santa Elena un refugio de parada obligatoria donde se aprovisionaban. Pero ahora, la isla está fuera, y muy fuera, de todas las rutas comerciales.

Su población que en 1850 era de siete mil habitantes, no llega ahora a los cuatro mil; de ellos mil son blancos y el resto, indígenas. Todos viven de los productos agrícolas que obtienen de las llanuras.

Como antes te he dicho no existe otra villa que la de Jamestown con un pequeñito puerto que es la estación marítima de la isla.

—¿A qué nación pertenece?

—A Inglaterra. Pero fué descubierta por los portugueses en 1502 y, después de muchas vicisitudes, los ingleses se establecieron en ella desde 1650. Napoleón fué conducido allí en calidad de desterrado en 1815 y murió el 5 de mayo de 1821. Su cuerpo tuvo sepultura en la isla hasta 1840, fecha en la que fué solemnemente trasladado al suntuoso panteón de los Inválidos en París. A la orilla del Sena, como eran los deseos expuestos por Napoleón en su testamento.

Las habitaciones que el emperador ocupó en su destierro estuvieron por mucho tiempo abandonadas, pero los ingleses las restauraron y las reprodujeron a su primitivo estado convirtiéndolas en un museo de alto valor histórico.

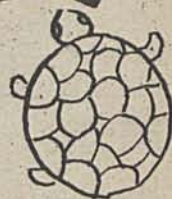
—Me gustaría verlas.

—Pues si quieres, fletaremos un barco. Pero...

—Está muy lejos, amigo buho. Ya las veremos en fotografía ¿no te parece?

—Es más cómodo y más rápido. Vámonos a mi biblioteca que allí las tengo.

—Vámonos allá.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Las peras de mi huerta  
Un desconocido



Un tranvía  
Eduardo Arnau, 11 años



Un pájaro  
Pilar Allí



Pinocho Pirata  
M. Colorín, 9 años



Belleza  
por Lolita Arenas



Mi burro  
Matildita Vázquez



La casa de Tin  
M. Colorín



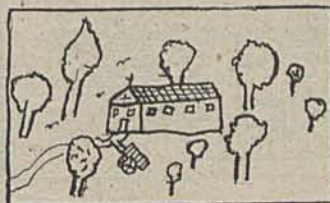
El teléfono de la India  
Alfredo Ufano



¡Lleva prisal!  
Carlos de las Cuevas



Noche en el desierto.—  
Guillermo Virallé



Paisaje.—Jesús Algarza



La yegua azabache  
de Dick Turpin  
M.<sup>a</sup> R. A. y del Campo



Un pavo mártir  
Aurorita Castro



Corrincho de prisal  
Alfonso Soto



En busca de una  
cartera ministerial  
A. Ufano



Un rey mago  
Alfonso Sedeño



Mi amigo Colorín  
Sumersindo Gómez



Escena callejera  
Guillermo Miralles



El Portal de Belén  
Aurorita Castro



Pinocho  
Angeles Prieto



Peras  
Pilar Martínez  
Campos



Un pesquero  
Maruja García



Pinocho contra Chapete.—

Rafael Garrido



Escena de café  
Germán González



Un bandido  
Blanco Orcazarán



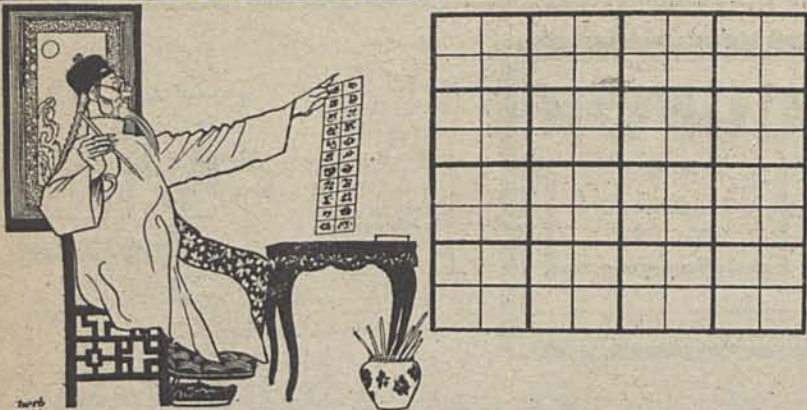
Tragedia  
por Lolita Arenas



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS NÚMEROS MALDITOS



62	61	64	63	60	59	58	57	49	50	51	52	55	56	53	54
59	60	57	58	61	62	63	64	56	55	54	53	50	49	52	51
46	45	48	47	44	43	42	41	33	34	35	36	39	40	37	38
43	44	41	42	45	46	47	48	40	39	38	37	34	33	36	35
19	20	17	18	5	6	7	8	16	15	14	13	26	25	28	27
22	21	24	23	4	3	2	1	9	10	11	12	31	32	29	30
21	22	23	24	32	31	30	29	25	28	20	17	52	49	57	60
20	19	18	17	25	26	27	28	32	29	21	24	53	56	64	61
30	29	32	31	23	24	21	22	36	33	41	44	11	10	2	3
27	28	25	26	18	17	20	19	37	40	48	45	14	15	7	6

Un comerciante chino regalaba una fabulosa fortuna a la persona que colocara los números que aquí véis, en el cuadrado que también os adjuntamos, con la condición de que tanto vertical como horizontalmente la suma de estos números fuera siempre 260 lo mismo que la suma de las dos diagonales mayores del cuadrado.

Pero todavía no hemos terminado. Habréis observado que el cuadrado en cuestión está dividido a su vez en 16 cuadrados.

Pues bien es preciso que la suma de las cantidades de cada uno de estos cuadrados sean siempre también 130.

## EL CONEJO, LA CABRA Y LA LEONA



Una leona, una cabra y un conejo están ocultos en este dibujo gastando una broma de padre y muy señor mío a los animalitos presentes. ¿Dónde están?

## EL PERSONAJE DESCONOCIDO



Sabréis quien es, en seguida, si unís por líneas los números siguiendo el orden correspondiente.



## Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Febrero

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA»

Primer premio.—Arsenio López.

Segundo premio.—Luis Quintela.

Tercer premio.—Antonio Pérez.

Cuarto premio.—Rosario Sosma.

Quinto premio.—Laurentino Vallada.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Torcuato Mateos, Pepe Pastrana, Rufo Peribáñez, Gabino Morcillo, Antónito Parejo, M.<sup>a</sup> Teresa Risueño, Pepe del Cis-  
co, Antonio Menchero, Arturo Mitochez, Celestino Garríquez,  
Lucas Armel, Sixto Téllez y Áurea Gómez-Miranda.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## Premios a la colaboración pinochista del mes de Febrero

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA»

Primer premio.—Aurorita Carrasco.

Segundo premio.—Isidoro García (Ximpa IV)

Tercer premio.—Julián García.

Cuarto premio.—Inés Jaraquemada.

Quinto premio.—Rafael Soler.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

M.<sup>a</sup> Paz Lorite, Gabino Calvo, Amalia Moreta, Carlos Grande,\* Titi Pérez, Carlos Moncada, Elvira García, A. R. de la Rosa, Joaquina Jaraquemada, Alberto L. Arbones, Tito Porras, M. de la Iglesia, Arturo Galán, C. Allí, M. González, P. Viñau, P. Allí, J. Arranz, Concha Soto, J. Gómez, Rosario Losada, Manuel A. de Sotomayor, Un desconocido, Nicolás Moya y Erick M.



## CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



A todos los pinochistas que me envían dibujos  
hechos a lápiz

Y por cierto que sois muchos, mis queridísimos amigos. Y a todos he de deciros una vez más, por ahora, que los dibujos hechos a lápiz no pueden reproducirse y, por tanto, me veo imposibilitado de publicarlos ¡y qué disgusto me proporciona con lo lindísimos que son algunos de vuestros trabajos! Hacedlos con tinta negra y todo arreglado. ¿Me haréis caso...? ¿Que sí...?

Ya lo veremos

CESITAR SOMOZA.—Tu resaladísima carta me ha hecho una atrocidad de gracia. Me haces unas preguntitas que yo me considero incapaz de contestar. ¿Se podrá llegar a Marte? A lo mejor, puede que sí, y a lo peor, puede que no. ¿Por qué encienden los tranvías la luz en días de tormenta? Pues para que los viajeros no vayan a oscuras. Esos ruidos de los truenos no creo que los hagan los angelitos con carretillas. Si acaso, esos endemoniados Tin y Ton puede que sí. De lo del barro no te extrañes. En cada pueblo hay algo que lo hace célebre. En Astorga las mantecadas; en Soria, la mantequilla; en Jijona, el turrón; en Alcoy, las peladillas y en Madrid... ese barro castizo que tanto te indigna a ti y que abunda que es delicia, lo mismo en las Vistillas que en Chamberí. Tu dibujo colosal. Abrazos apretadísimos.

GERMÁN GONZÁLEZ.—Tus lindísimos dibujos saldrán a su tiempo en mi revista y tu retrato también. No sé a que atribuir que no hayas recibido mi respuesta por correo, porque no dejé de hacerlo en seguida. Ya sabes que siempre soy tuyo incondicional.

ARTURO BALAGUER.—Los preciosos dibujos de su sobrinito se publicarán tan pronto les llegue su turno. Así como así son acabadísimas obras de arte que hablan muy alto de las facultades del pequeño dibujante. Que mande más trabajos y ahí van para él muchos abrazos de su gran amigo.

BERNARDO M. MANCEBO.—A todos esos queridos pinochistas muchos abrazos y anticipéles que pronto, muy pronto, publicará la noticia que desean. Vuestro incondicional.

CARMEN E. MORÁN.—Dibujas como los propios ángeles. Seguridad, sencillez, elegancia y mucho arte. Sobre todo mucho arte. Con estas cualidades ya comprenderás que debes de trabajar, y mucho. Abrazos.

QUELITA ARTIEDA.—Si lees la primera de todas las contestaciones que doy en esta sección hallarás algo que te causará disgusto. También a mí me lo produce muy grande. Cambia de procedimiento y pelillos a la mar. Siempre, siempre tuyo.

*Pinocho*





# Sección Pirula

CUENTOS DE PIROLA

## LA AHIJADA DEL SOL

La bruja exclamó:  
—¡Qué bella soy! ¡Qué ojos tengo tan grandes! ¡Qué cabellera tan rizada! ¡Y qué dientecitos de perlas!

En aquel instante, oyó una carcajada argentina sobre su cabeza y mirando hacia arriba vio a Lindaluz

encaramada en el árbol y lo comprendió todo. Tal fue su rabia y su despecho que resolvió matar a aquella niña que se había reído de ella.

Pero como no podía alcanzarla, dijo con una voz muy melosa:

—Baja monina, y verás que zapatos tengo tan preciosos.

—Muchas gracias, señora—contestó cortesmente Lindaluz—los veo bien desde aquí.

—Anda, baja, que quiero contarte un cuento muy divertido y tengo prisa, porque tengo que ir a barrer mi casa.

—Vaya usted a barrerla, y cuando vuelva, bajaré—dijo Lindaluz.

La bruja se fue a su casa que estaba cerca y Lindaluz que había leído la historia de la Caperucita y desconfiaba de los desconocidos que se encuentran las niñas buenas cuando van solas, empezó a gritar:

—¡Liebres! ¡Liebres! ¡Acudid pronto!

Pero ya la bruja volvía a escape.

—He barrido mi casa—dijo—baja pronto, y te regalaré un cinturón cuajado de turquesas.

—No me gustan las turquesas; prefiero las perlas—contestó Lindaluz.

—No importa, tengo otro con perlas.

—Mi mamá me ha prohibido que acepte regalos—dijo Lindaluz.

—Anda tontuela baja pronto que tengo prisa, pues todavía no he encendido la lumbre en mi casa.

—Corra usted a encenderla, que aquí la espero—dijo Lindaluz.

La bruja se fue y la niña volvió a gritar:

—¡Liebres! ¡Liebres! ¡Acudid pronto!

Esta vez las liebres la oyeron; dejaron la hierba fresca del prado y el agua cristalina de la fuente que constituía su festín y corrieron hacia su compañera. Al verlas, Lindaluz bajó del árbol y las tres huyeron.

Cuando la bruja volvió, la niña había desaparecido y no sabía dónde encontrarla. Empezó a correr de un lado para otro.

A todo esto, las dos liebres y la nena llegaban a la casa de la buena vieja; el perro las olió de lejos y ladró:

—¡Guau! ¡guau! Aquí viene Lindaluz.

Y el gallo las oyó desde el corral y cantó:

—¡Kikiriki! Aquí viene Lindaluz.

Y el gato que paseaba por el tejado las vio y maulló:

—¡Miau! ¡miau! Aquí viene Lindaluz.

La bruja oyó todo esto y echó a correr en dirección a la casa. Ya alcanzaba a las fugitivas en el preciso instante en que abrían la puerta. Lindaluz pasó primero y luego las dos liebres. Pero tan cerca estaba la bruja que la dio tiempo a agarrar a cada animal por el rabo y arrancarle cuatro pelos.

La pobre madre se apresuró a cerrar la puerta y a coger a su hija en brazos; luego abrazó también a las liebres.

Y agradecida porque le habían devuelto a su Lindaluz y para consolarlas por la pérdida de sus cuatro pelos, las colgó una campanilla a cada una, de plata, en la punta del rabo.

Además, las regaló una docena de zanahorias y otras tantas lechugas.

Ahora era el señor sol quien en su palacio, se aburría sin Lindaluz; para distraerse fue a visitarla con frecuencia.

Pero sus visitas las hizo siempre durante el invierno que es cuando su presencia agrada y no molesta.

Charles de Pirula... médica.—SOL SIGUE TOMANDO BAÑOS DE IDEM

Después de oír el cuento de Lindaluz, mi Pirulinda Soledad, tiene doble gusto en tomar sus baños de sol.

Pero no vayáis a creer que en cuanto llega a la playa, el día quince de julio, se tumba en la arena, al sol y se pasa las horas muertas todos los días hasta el primero de septiembre.

Solita sabe que el sol es un gran amigo de nuestra salud y que con su luz y su calor nos hace mucho bien y evita y cura muchas enfermedades; es en fin una verdadera medicina, pero pasa con esta medicina lo que con todas las demás y es que hay que tomarlas en dosis.

Por ejemplo, Sol recuerda que hubo una temporada en que se puso muy delgadita y, para que engordara el médico la mandó unas gotas de arsénico; estas gotas la hicieron engordar y le dieron mucha fuerza, y sin embargo si se le hubiera ocurrido beberse el frasco de un golpe se hubiera muerto, puesto que el arsénico es un veneno terrible.

Algo así sucede con el sol; si de buenas a primeras os exponéis a su calor mucho rato os puede dar una insolación y mataros; cuando menos os perjudicará; en cambio, tomando los baños de sol, con prudencia, son el mejor de los remedios.

Soledad empieza por exponerse al sol cinco minutos, luego va en aumento muy poco a poco, hasta llegar a dos horas seguidas, al cabo de un mes; además, siempre los toma con un sombrero de paja que la protege la cabeza.

Está muy orgullosa porque se ha enterado que a eso de tomar baños de sol se le llama «Helioterapia». Nunca hubiera ella creído que ese ejercicio tan sencillo de tumbarse al sol, pudiera tener un nombre tan largo y tan raro.

Pues sabe más aún; sabe que «Helioterapia» está formada por dos voces griegas que son «helios» que quiere decir sol, y «therapeia» que significa tratamiento. Así «Hidroterapia» quiere decir tratamiento por agua que es «hidro».

También sabe... pero ¿a qué seguir? ¡si vosotras sabéis tanto como ellas!

